

asombre.....—¡Ea! venid y dejáos de cuentos, ya os asombraréis después.

Y tomando el marqués otra luz salió de la habitación seguido de sus hijas: Mary pensativa, Berta inquieta, y ambas con la vista clavada en lo más oscuro del patio, para ver si descubrirían al mancebo en quien de continuo pensaban.

XXX

DE CÓMO EL GENERAL SE SIENTA Á UNA MESA PUESTA PARA OTRO

Según las instrucciones del marqués, transmitidas á Rosina por Mary, abrióse la puerta al primer aldabonazo de los soldados, quienes invadieron el patio apresurándose á cercar la casa. Apeábase el general cuando vió al marqués y al notario que alumbaban, y tras ellos á las dos gemelas, sorprendido de que los cuatro se adelantaran con aire solícito y afable. Bajando el marqués hasta el último peldaño para recibir al general, exclamó:

—A fe mía, general, que ya empezaba á desconfiar de vros esta noche.—¿Cómo á desconfiar? dijo el general admirado de aquel exordio.—Sí tal, y por cierto que me sobraba razón para ello: ¿á qué hora habéis salido de Montaigu? A eso de las siete, ¿no es verdad?—A las siete en punto.—¿Qué tal? Yo había calculado que para venir aquí necesitabais dos horas largas, y por lo tanto os esperaba á las nueve ó nueve y media; y como ya han dado las diez, estábame diciendo cuando habéis llegado: ¿quién sabe si alguna desgracia me privará del honor de recibir en mi casa á un jefe tan simpático y valiente?—¿Según eso estabais prevenido de mi llegada, caballero?—¡Justamente! Apostaría á que vuestra tardanza se debe al maldito vado de Pontfarcy. ¡Es mucho cuento este país! no se puede dar un paso sin tropezar con un riachuelo que en cuanto caen cuatro gotas se convierte en torrente; y ¿qué diremos de los caminos? Entre estos riscos dan el nom-

bre de caminos á los que llamo yo barrancos y torrenteras. Pero vos ya debéis conocerlos, pues de seguro os habrá costado subir la cuesta de Baugé, aquel maldito lodazal en donde el lodo llega á la cintura si no cubre del todo á los hombres; sin embargo, eso son tortas y pan pintado en comparación de *la vereda de las Cabras*; recuerdo aún que en mis tiempos, y eso que yo era furibundo cazador, no podía seguirla sin temblar. En verdad os digo, general, que cuando pienso en los peligros que habéis arrostrado para dispensarme el honor de vuestra visita, no acierto á manifestaros todo mi reconocimiento.

Viendo el general que trataba con un hombre más ladino y astuto que él, resolvió no apartarse del terreno en que el marqués se colocaba, y contestó:

—Creed, señor marqués, que no ha sido culpa mía si he demorado mi llegada, y siento infinito haberme hecho esperar tanto; pero no echaré en saco roto la lección que acabáis de darme, y á despecho de cuantos vados, cuevas y veredas encuentre en mi camino, obraré según las más rigurosas leyes de la cortesía.

Acercóse en esto al general uno de los oficiales de la columna para pedirle instrucciones respecto á las pesquisas que debían practicarse en el castillo.

—¿Cómo se entiende! exclamó el marqués. Sabed, general, que mi casa está á vuestra disposición y podéis disponer de ella como mejor os plazca.—Muy cortés es vuestra oferta para que no la acepte, contestó inclinándose el general.—¿Dónde tenéis la cabeza, muchachas? añadió el de Souday volviéndose á sus hijas. ¿Por qué no me advertís que esos señores están rato há al raso con un tiempo nada grato después de atravesar el vado de Pontfarcy? Entrad, general; entrad, caballeros: he mandado encender en la chimenea un buen fuego y allí podréis secaros la ropa.—Señor marqués, vuestra amabilidad nos confunde; jamás podremos pagaros los favores de que nos estáis colmando, repuso el general mordiendo el bigote.—¡Oh! podéis pagarme en la misma moneda; pues no dudo de vuestra correspondencia, añadió el marqués entrando en el salón seguido de los oficiales y dejando el candelabro sobre la chimenea, mientras que Loriot después de encender las otras bujías hacía otro tanto. Luego añadió variando de tono: Ahora, permitid que cumpla una formalidad por la cual debería haber empezado: general,

tengo el honor de presentaros á mis hijas las señoritas Berta y Mary de Souday.—¡Por mi santiguada, contestó galantemente su interlocutor, que sólo por el placer de contemplar tan agraciados rostros podría uno arriesgarse á pillar un tabardillo en el vado de Pontfarcey, á encenagarse en el pantano de Baugé, y á romperse la cabeza en la vereda de las Cabras!—Emplead pues, señoritas, vuestros lindos ojos averiguando si la comida, después de aguardar á estos señores, se hará esperar á su vez.—Os repito, marqués, dijo el general volviéndose á los oficiales que le acompañaban, os repito que vuestra amabilidad nos confunde, y estad seguro de que nuestra gratitud... —Se paga con la grata distracción que nos proporcionáis, pues ya comprenderéis cuál habrá sido mi alegría cuando á mí, que tan acostumbrado estoy á los dos hermosos rostros á los cuales habéis dirigido tan galantes cumplidos, á mí que soy su padre, á mí que estoy cansado de la vida monótona de mi pobre castillo; se me ha presentado un duende amigo diciéndome al oído: El general Dermoncourt ha salido á las siete de Montaigu para venir á visitaros con su estado mayor.—¡Hola, hola! ¿Con que hubo duendes de por medio?—Cierto. ¿Por ventura no los hay en todos los castillos y chozas de este país? Entonces, al pensar en la grata velada que ibais á proporcionarme, el gozo ha dado al traste con mi indolencia habitual, comunicando mi actividad á cuantos me rodeaban, y después de no quedar huésped alguno en el gallinero, he dado prisa á mis hijas, rogando al señor Lorient, notario de Machecul que está presente, que se quedara para tener el honor de conoceros. Hasta ¡Dios me perdone! yo mismo he querido contribuir con mis propias manos á preparar la comida que tenemos el honor de ofreceros, lo propio que á vuestros soldados, pues yo no olvido jamás que también lo he sido.—¡Cómo! ¿habéis servido, señor marqués?—Acaso no en las mismas filas que vos, y por lo tanto no diré que he servido, sino peleado.—¿En este país?—En este país, y á las órdenes de Charrette.—¡Ah!—Fuí ayudante de campo suyo.—Si es así, no es esta la primera vez que nos encontramos.—¿De veras?—De veras: yo hice en la Vendée las dos campañas de 1795 y 1796.—¡Cuánto me huelgo de ello! A los postres evocaremos los recuerdos de nuestra juventud, y eso nos alegrará. ¡Ay, caballero! así del uno como del otro campo, somos ya muy pocos los que podemos hablar de aquellas jornadas.

Pero si no me engaño, aquí están ya mis hijas anunciando que está preparada la cena: ¿queréis ofrecer el brazo á una de ellas, general? El capitán lo ofrecerá á la otra.

Invitó luego á los otros oficiales, y pasando al comedor, sentáronse á la mesa, el general en medio de las señoritas de Souday, y el marqués entre dos oficiales, en tanto que Lorient se colocaba junto á Berta, proponiéndose aprovechar la primera coyuntura favorable para sacar á colación el nombre de Michel, cuyo contrato matrimonial se proponía celebrar en su despacho.

Así pasaron algunos momentos durante los cuales no se oyó más que el ruido de los platos y de los vasos; todos permanecían callados, así el general y Lorient como los oficiales, á quienes empezaba ya á gustarles aquel raro desenlace de su expedición, y el marqués de Souday, que había retrasado aquel día seis horas su comida, reparaba concienzudamente esta demora. Berta y Mary estaban muy pensativas, y alegrábanse interiormente de que la presencia de las escarapeles tricolores que en otra ocasión tan enojosa les habría sido, les proporcionase un pretexto para entregarse á sus reflexiones. El general por su parte meditaba un plan para tomar el desquite de la derrota que acababa de sufrir, pues no dudaba de que el señor de Souday había sido advertido de su llegada: era zorro viejo, conocía todos los ardites de aquella guerra, no ignoraba con qué rapidez y facilidad se transmitían las noticias de aldea en aldea y de alquería en alquería, y por lo tanto, si bien al principio le admiró sobremanera el cordial recibimiento del marqués, no tardó en recobrar su sangre fría, comentando su amabilidad cuyo exceso se le hacía muy sospechoso, mayormente cuando la comida era sobrado espléndida para un enemigo. Con todo, reservóse estas observaciones, y calculando que si la caza ilustre que perseguía se había ya escapado, no era hora ni ocasión aquella para irle á los alcances, y resolvió aplazar sus pesquisas y observar atento cuanto pasase en derredor suyo á fin de no perder ningún indicio.

Hechas estas reflexiones, levantó el vaso y rompió el silencio diciendo:

—Creo, señor marqués, que atendidas nuestras respectivas posiciones, sería bastante dificultosa la elección de un brindis, á no mediar una feliz circunstancia que debo aprovechar: permitidme pues que brinde por las señoritas de

Souday en manifestación de mi profunda gratitud por el noble y hospitalario recibimiento con que nos han honrado. —Mil gracias, señor general, contestó Berta; creed que mi hermana y yo nos congratulamos de vuestra visita y de merecer vuestro agrado al conformarnos con la voluntad de nuestro padre. —Lo cual significa, añadió sonriendo el general, que sólo nos ponéis buen gesto por mandato superior, y que por lo tanto sólo debemos estar agradecidos al marqués vuestro padre. Sea en buen hora: pláceme esa franqueza militar, que me haría pasar del campo de vuestros admiradores al de vuestros amigos, si no fuese un obstáculo la escarpela que llevo. —Los elogios que acabáis de dispensarme me animan para hablar con entera sinceridad, y os confieso que no son sus colores los que más me agrada ver en la divisa de mis amigos; pero si en algo apreciáis este título, no han de impedirme otorgárselo, pues cuento que quizás algún día los trocaréis por los míos. —General, dijo de pronto el marqués rascándose la oreja, vuestra observación era muy acertada, pues me veo apurado para contestar á vuestro brindis. ¿Estáis casado?

El general quería apretar al señor de Souday.

—Nó, contestó. —¿Tenéis hermanas? —Tampoco. —¿Madre, quizás? —Sí, contestó el general sonriendo al verle caer en el lazo; mi madre es la Francia, nuestra madre común. —¡Magnífico! Brindo por la Francia, y por que vea prolongarse los ocho siglos de gloria y grandeza que sus reyes le han dado. —Permitidme que añada, y el medio siglo de libertad que le han dado sus hijos. —Eso es ya no sólo una adición, sinó una modificación, contestó el marqués, añadiendo después de una corta pausa: ¡Qué diantre! Acepto: blanca ó tricolor, Francia siempre será Francia.

Chocaron todos los vasos, y hasta Lorient, arrastrado por el ejemplo del marqués, aceptó el brindis de éste con la modificación del general, apurando de un sorbo el contenido del suyo. Entonces la conversación fué animándose gradualmente, y á tal punto llegó á las dos terceras partes de la comida, que Berta y Mary no juzgaron prudente permanecer á la mesa por más tiempo y salieron del comedor. Como el notario según trazas había venido tanto para hablar con las señoritas como con el marqués, levantóse también y siguiólas.

XXXI

DONDE NO VAN LAS COSAS COMO MARY Y MICHEL CREYERAN

Entraron en el salón las dos jóvenes, y tras ellas el señor Lorient haciendo profundas reverencias y restregándose alegre las manos.

—¿Qué pasa, señor notario? le dijo Berta; parece que estáis muy gozoso. —Señoritas, contestó el curial á media voz; he hecho cuanto he podido para coadyuvar el ardid de guerra del señor marqués, y espero que en caso necesario haréis otro tanto. —¿De qué ardid queréis hablar? contestó riendo Mary; ni Berta ni yo os comprendemos. —¡Cáspita! ¿Qué sé yo? Sin embargo, creo que sus razones tendrá el señor marqués para tratar como antiguos amigos, y aun mejor, á esos soldadotes que tan afablemente ha hecho sentar á su mesa. Me parece tan extremada su amabilidad por los seides del usurpador, que no he podido menos de figurarme que tiene algún fin oculto. —¿Qué fin queréis que tenga? preguntó Berta. —¡Cáscaras! el de inspirarles mucha confianza para quitarles todo recelo y hacerles sufrir la suerte de.... —¿De quién? Sepamos.

El notario hizo ademán de cortar una cabeza.

—¿De Holofernes tal vez? exclamó Berta riendo á carcajadas. —Justo, dijo el señor Lorient.

Mary entonces se echó á reír como su hermana. Ambas se divertieron sobremanera con la donosa suposición del buen notario.

—¿Es decir, dijo Berta al cabo de un rato; es decir que nos destináis el papel de Judit? —En verdad.... —¿Sabéis que si mi padre estuviese aquí quizás llevaría á mal que nos creyeseis capaces de desempeñar un papel que me parece sobrado bíblico? Pero perded cuidado, nada le diremos al general, á quien de seguro no lisonjearía mucho el entusiasmo con que aceptabais de antemano nuestro heroísmo. —Señoritas, contestó abochornado Lorient, dispensad si mi